

# B i b l i o g r a f í a

## LIBROS

BOVER, JOSÉ M.<sup>a</sup>, S. I., *María, Mediadora universal, o Soteriología Mariana estudiada a la luz de los principios mariológicos*.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid, 1946) 539.

Estudiar a la luz de los principios mariológicos la cooperación de Nuestra Señora en la obra de la Redención del mundo es el objeto del presente libro, como lo dice claramente el subtítulo. El autor nos da la razón del título (p. 437s.), cuando nos dice que la idea de Mediación resume y sintetiza toda la acción soteriológica de María. La obra quiere ser preferentemente especulativa, por lo mismo incompleta, como el propio autor lo confiesa; pero ha creído necesario hacerlo así, en vista del sesgo que han tomado las controversias modernas en este campo de la Mariología. Ello es razonable. Pero desearíamos que no dispensase al P. Bover de darnos en volumen aparte una Soteriología Mariana a la luz de los documentos de la tradición; sería darnos sintetizados y sistemáticos los resultados de tantos estudios suyos anteriores. Se intenta, pues, en esta obra una visión especulativa de los problemas que integran la cuestión de la cooperación de María en la Redención. El P. Bover ha sido generoso en la empresa: ha abordado esos problemas en toda su difícil complejidad, sin perdonar aspecto ninguno. Y esto también hay que agradecerse.

Una *Introducción metodológica* (p. 14-35) abre el libro. A través de sus líneas serenas y esquemáticas, en las que se oyen ecos lejanos de actuales controversias, se determinan los conceptos de "principios", "hechos" y "verdades", que van a ser utilizados después. Porque la obra es eso: estudiar las verdades soteriológicas marianas en los hechos históricos, vistos en función de los principios.

Por eso, ante todo (*Primera parte*) hay que fijar esos principios (p. 29-200) y esos hechos (p. 201-235). Los principios mariológicos fundamentalmente utilizados son cinco: la maternidad divina y soteriológica (p. 34-50), la solidaridad (p. 50-64), la recirculación (p. 64-76), la singularidad trascendente (p. 76-94), con un apéndice especial sobre la gracia "capital" de María (p. 99-118). El autor, que ha establecido esos principios por vía de análisis interno, los corrobora después con el testimonio de la tradición cristiana (p. 119-200). Los hechos históricos, en que se condensa principalmente la acción soteriológica de María, son tres: el consentimiento virginal (p. 201-217), la compasión maternal (p. 218-228) y la intercesión actual (p. 228-235).

La aplicación de los principios a los hechos (*Segunda parte*) para deducir la verdad de la cooperación de María a la Redención en sus múltiples aspectos es mucho más compleja. Cuatro formalidades estudia el autor: la Corredención (p. 241-385), la Maternidad espiritual (p. 386-408), la Intercesión actual (p. 409-426) y la Mediación universal (p. 427-442).

La *Corredención* se establece primero en general, prescindiendo del momento histórico en que se haya realizado, en virtud de los principios de recirculación y de asociación, aun por separado. A esta prueba cierta y fundamental se añade otra complementaria. Pero la Corredención tiene ya una primera concreción histórica en el *consentimiento virginal* de

la Anunciación. Es decir, este consentimiento es propia y verdaderamente corredentivo (coopera a la Redención eficaz e inmediatamente), ya se estudie en comparación con el de Jesucristo, ya se analicen sus elementos esenciales, ya se considere su valor moral como acto de obediencia, ya se atienda a su carácter representativo, en función del principio de solidaridad. La segunda concreción histórica de la Corredención la tenemos en la *compasión maternal* del Calvario. También aquí una consideración de orden general establece el carácter estrictamente corredentivo de la compasión de María, apoyándose principalmente en el principio de asociación, aunque los de la recirculación y la solidaridad pueden añadir una confirmación no despreciable. De esta generalidad hay que bajar a los diferentes aspectos que ofrece la compasión de la Virgen; son los mismos que estudia Santo Tomás en la Pasión del Señor, excluido el de la eficiencia. La compasión es, ante todo, *meritoria*, tanto con los méritos mismos del Hijo, apropiados por la Madre, como con los méritos propios de ésta; de ambos modos esa compasión meritoria es verdaderamente corredentiva. En el problema de la cualidad de estos méritos, el P. Bover distingue la cuestión real de la cuestión nominal: los méritos corredentivos de María son "méritos de igualdad más bien superabundante, respecto de los bienes merecidos de gracia y gloria", y pudieran llamarse "dignos" o "condignos". La compasión es además *satisfactoria*, y como tal, corredentiva; con problemas y soluciones semejantes al mérito. El aspecto *sacrificial* de la compasión, la cooperación activa de María en el sacrificio de Cristo, no latamente, sino en línea sacrificial, se defiende de dos maneras: cuanto a la inmolación sacrificial, ya por apropiación de la inmolación misma de Cristo, ya por agregación de su propia y personal inmolación; y cuanto a la oblación sacerdotal, que se estudia en función del sacerdocio de María (sacerdocio superior) y en función de su santidad sustancial (que entraña en sí la maternidad divina en sus relaciones y propiedades morales) y de una como consagración sacerdotal, que de ella inmediatamente se sigue. Finalmente también ha cooperado María a la Redención por vía de *rescate*, por apropiación del precio dado por el Redentor, que es su Hijo, y por aportación propia con sus dolores y sus lágrimas. Dos capítulos, en que se estudia la "Mujer" del Apocalipsis, Madre dolorosa del Redentor Crucificado (que es título suficiente por sí solo para probar la Corredención Mariana) y se examinan las principales objeciones contra la doctrina propuesta, cierran esta larga investigación sobre la Corredención.

*La Maternidad espiritual*, limitada a su actuación en la Encarnación y en el Calvario, se establece como hecho y se investiga en su naturaleza y esencia. Para esto analiza el autor el concepto de maternidad espiritual para concluir que es una verdadera maternidad de generación moral, con dos momentos semejantes a la concepción y el parto espiritual de los hombres en Cristo Jesús.

*La Intercesión actual* es intervención de María en la obra de la Redención, que se ejerce por la palabra (deprecaación) y por la acción (dispensación de las gracias). La deprecaación en María, necesariamente apoyada en la Corredención y su Maternidad espiritual, es de eficacia infruistrable, de alcance universal y de necesidad imprescindible. La dispensación de las gracias "es el ejercicio actual del doble oficio conferido por Dios a María: el de Madre de la Casa de Dios y el de Reina en el reino de Dios". Dispensación maternal y regia. Tratada antes la maternidad, se estudia ahora la Realeza de María.

*La Mediación universal* se verifica no sólo en la intercesión actual, en el sentido de deprecaación, sino igualmente en la Corredención, en la

Maternidad espiritual y en la Dispensación de las gracias. Es, pues, la síntesis de toda la Soteriología Mariana.

*Dos apéndices* sobre la doctrina de los Romanos Pontífices en orden a las verdades establecidas en el libro (p. 445-494) y especialmente sobre la Mariología de la Enciclica "Mystici Corporis" (p. 494-519); y una amplia nota bibliográfica de los diferentes estudios monográficos, en que el autor ha abordado antes los varios aspectos de la Soteriología Mariana (p. 521-532), cierran toda la obra.

La cual es, sin duda, obra de grandes alicentos. En ella, paso a paso, con claridad sencilla y sin excesivas sutilezas, se van abriendo más y más los horizontes marianos de la Soteriología. Unos problemas se van sucediendo a otros, sin que ni la multitud, ni la complejidad, ni la dificultad turben el raciocinio sereno y siempre equilibrado. Hay en el libro páginas de análisis finísimo, como, sobre todo, las que se refieren al consentimiento virginal (p. 204s., 265s., 279s.) y a la compasión (p. 219s.). Hay puntos de vista nuevos, como la determinación de un "orden soteriológico", además de los órdenes natural, sobrenatural e hipostático (p. 47); la explicación del principio de la doble solidaridad en función del Nuevo Adán y de la descendencia de Abrahán (p. 56s.), la fijación de los diversos signos de razón en los decretos divinos referentes a la Redención (p. 78s.), la eficacia de la deprecación celeste en orden a la concesión de las gracias (p. 230s.), la concepción del sacerdocio de María (p. 241s.), el análisis del concepto de maternidad espiritual (p. 313s.) y otros semejantes.

La obra nos parece muy lograda, y creemos que sus conclusiones generales se imponen. Vamos, sin embargo, a señalar algunos puntos, que nos han dejado alguna oscuridad.

El principal se refiere a la concepción misma del libro. ¿Se trata en él de *probar* los diferentes modos de participación inmediata de María en la obra de la Redención? Así parece deducirse del ambiente todo de la obra. Sin embargo, el autor nos dice, como de paso, que se trata "no principalmente de demostrar definitivamente las verdades reveladas, sino de descubrir su cohesión interna y su enraizamiento en principios más elevados" (p. 18). No creemos que puedan dar más de sí los principios. Si se prescinde de los datos positivos que nos dan las fuentes de la revelación, se corre el peligro de dar a los "principios" una amplitud y unas porciones que excedan de la verdad revelada; con lo que las deducciones carecerían de base sólida en Teología. No queremos decir que haya pasado eso en el presente libro; afirmamos expresamente lo contrario; sino sólo pretendemos señalar un grave peligro de método. ¿Será por eso por lo que el P. Bover ha dedicado un capítulo entero a comprobar la verdad de los principios mariológicos con la tradición?

Afirma el P. Bover que la maternidad divina, por sí misma e independientemente de la gracia, es principio de mérito. Y concluye: "si es cierta [esta capacidad meritória], como parece, síguese que María puede aportar al acto mismo de la Redención méritos cuyo principio no se deriva propiamente del acto mismo de la Redención" (p. 42). Comprendemos el sentido de esa frase, que a alguno podrá extrañar. Es verdad que, en la hipótesis en que se habla, la divina maternidad es un elemento de la economía de la Redención, anterior lógicamente a ésta, concebida como consumada. Pero en la mente del autor, el que precisamente María sea la persona elegida para ser Madre de Dios es una gracia, fruto de la Redención. Y siendo así, no vemos cómo los méritos todos de María, en cuanto son suyos, no se deriven de ésta.

Reduce el P. Bover el principio de asociación al de recirculación (p. 75s.),

y eso nos parece que lo empequeñece. ¿Es preciso suponer que Dios quiso que "el orden de la reparación correspondiese paralela y antitéticamente al orden de la caída", para que entendamos por qué pudo estar asociada María a Cristo en la obra de la Redención? Creemos que no. El hecho de la asociación de María a Cristo es algo más importante y más fundamental y está más próximamente unido con la maternidad divina soteriológica. Los Papas lo han subrayado, creemos que más que el principio de recirculación. Por eso el principio de asociación nos parece lógicamente anterior al de recirculación, y éste, una ulterior determinación de aquél.

Largamente habla el P. Bover de la gracia "capital" de María (p. 94s., 247s.). Habla también del carácter *social* de su gracia (p. 106s.). Pero esto último hubiéramos deseado verlo con más relieve. Aquello podrá ser discutible, al menos en la nomenclatura; pero esto es del todo necesario para asentar muchos aspectos de la acción soteriológica de María. Mucho más discutible parecerá la causalidad física de la gracia (p. 109s.). Aun prescindiendo de la cuestión metafísica de la posibilidad, no parece baste para probar esa opinión la consideración de que "María es con Jesucristo comprincipio universal de la gracia". Otro tanto diríamos de la cooperación de María con Dios en el *decreto* de la Redención (p. 262).

Baste con estas indicaciones, que en tanta multitud de problemas abordados sería fácil continuar. Terminemos afirmando abiertamente que el P. Bover nos ha dado sobre los misterios de la Soteriología Mariana una visión armónica, fructuosísima, que puede ponerse como modelo de aquella "mysteriorum intelligentia" que señala el Vaticano como término de toda especulación teológica.

J. A. DE ALDAMA, S. I.

MADOZ, JOSÉ, S. I., *El símbolo del Concilio XVI de Toledo*.—Su texto, sus fuentes, su valor teológico, Madrid, 1946, p. 126 ("Estudios Onienses", serie I, vol. III).

A partir del último tercio del siglo pasado, la literatura de los símbolos de la fe viene recibiendo un trato de favor por parte de los investigadores. Los símbolos de los Concilios toledanos son una elaboración ulterior, dependiente de diversas circunstancias históricas, de aquellas fórmulas primitivas. Por eso la investigación tampoco podía olvidar estas joyas. El P. Aldama estudió en 1934 el símbolo toledano I; el P. Madoz publicó en 1938 sendas monografías sobre los símbolos de los Concilios VI y XI de Toledo; y hoy nos brinda con esta filigrana, volumen quinto de "Estudios Onienses", sobre el símbolo del Concilio XVI de Toledo.

En una introducción, ponderada y erudita, se encuadra dentro del marco general de los Concilios toledanos el presente símbolo, las circunstancias históricas en que se elaboró, su transmisión manuscrita y códices que se utilizan para la reconstrucción del texto, dándose finalmente el texto crítico del mismo. Por su sola lectura se ve que este símbolo es el más extenso de los toledanos, caracterizándose por una profesión de fe antimonotelista, por las fórmulas psicológicas agustinianas y por otras precisiones trinitarias, debidas a San Julián de Toledo.

Cuatro capítulos forman el cuerpo de la monografía. Los tres primeros están consagrados a investigar las fuentes del símbolo toledano décimosexto en sus aspectos trinitario, cristológico y escatológico. Un cuarto capítulo viene a valorar su importancia teológica. El análisis minucioso que se hace de las fuentes nos revela el escogido caudal patris-

tico que utilizaron los Padres toledanos. Allí vemos cómo en este símbolo, el último de las famosas fórmulas toledanas, confluye el torrente de los símbolos anteriores, acrecentado acá y allá con nuevas aportaciones.

Contamos, pues, con un nuevo y magnífico estudio sobre los símbolos toledanos, gracias a la paciente y concienzuda investigación del P. Madoz. Ojalá que, como ya lo sugerimos al reseñar su monografía sobre el símbolo del Concilio XI de Toledo, el estudio de los símbolos le lleve al de los mismos Concilios y aun al de toda la *Hispana*, gloria imperecedera de la antigua literatura española.

SEVERINO GONZÁLEZ, S. I.

LEAL, JUAN, S. I., *Paulinismo y jerarquía de las Cartas Pastorales*. Discurso inaugural del curso académico 1946-47 en la Facultad Teológica de la Compañía de Jesús y Seminarios del Sagrado Corazón y de San Cecilio de Granada.—(Granada, 1946) 55.

Dos partes encierra este discurso, presentado con todos los arreos que puede apetecer la crítica, de bibliografía y notas en abundancia: el contenido de las Cartas pastorales de San Pablo (las dos a Timoteo y la otra a Tito) y el contenido jerárquico de las mismas u organización y jerarquía de la Iglesia en tiempo de los Apóstoles. Toda la primera parte está consagrada a probar la autenticidad de estas Cartas de San Pablo, tan acérrimamente negada por los racionalistas por meros apriorismos, ya que no admiten autoridad alguna en la generación apostólica. El régimen de la sociedad cristiana, según ellos, en los tiempos de San Pablo, se basaba en las gracias y carismas interiores del Espíritu. Este es el Paulinismo estrecho propugnado por Baur y coreado con diversos matices por otros racionalistas, que no quieren reconocer para aquella época el Paulinismo jerárquico que reluce en las Pastorales. Bien hace, pues, el P. Leal en demostrar primero la sinrazón de los racionalistas.

Luego, en la segunda parte, estudia el contenido jerárquico de estas Cartas, probando que esta jerarquía sustancialmente era la misma que nos dan los escritos del siglo II en las Cartas de San Ignacio y en las Apologías de San Ireneo. Ciertamente con todo que los nombres de presbitero y episcopado no estaban delimitados aún como después. Timoteo y Tito, sin sede fija en las modalidades de sus funciones episcopales, tampoco son enteramente iguales a los obispos monárquicos del siglo II. Eran como meros obispos auxiliares a las órdenes de su Maestro, San Pablo, lo cual no disminuye su personalidad y autoridad con respecto a los obispos posteriores, ya que su jurisdicción alcanzaba proporciones de universalidad, que conservarían posiblemente aun después de la muerte del Apóstol. Modelo es este discurso de lo que han de ser estas oraciones académicas.

MANUEL QUERA, S. I.

THIBAUT, RENÉ, S. J., *Le sens de l'Homme-Dieu*.—Segunda edición. (Museum Lessianum, sec. théol., n. 37.)—L'édition universelle (Bruxelles) Desclée de Brouwer (Paris, 1946) 168.

El presente volumen de la renombrada colección "Museum Lessianum" ha sabido interesar de modo que a la primera edición de 1942 ha seguido ya la segunda a la distancia de solo cuatro años. No es un volumen extenso ni de erudición; es, ante todo, una obra fuertemente personal y

sugestiva, cuyo tema es siempre antiguo y siempre nuevo y cuyo enfoque es de una altura intelectual y de una sinceridad y comprensión tan humanas y tan cristianas, que no pueden menos de conciliarse la simpatía de todo lector imparcial.

Esencialmente es una obra apologetica, aunque no en el sentido vulgar que se da con frecuencia a esta palabra. Cree el autor que no es sólo la mala voluntad la que explica la incredulidad contemporánea; que el no llegar a la verdad, si supone siempre un defecto moral, este defecto con todo en la mayoría de los casos no va hasta la mala fe o la mala voluntad conscientes; lo que hay es simplemente negligencia o distracción, y a veces más todavía en los que tienen la misión de enseñar que en los que deberían instruirse.

El libro se concentra en torno a la persona de Jesucristo, Dios-Hombre, en cuanto éste es un *signo*, una señal. En la primera parte se concede gustosamente que Jesucristo es un signo *velado*, y se desarrolla este pensamiento examinando la "forma de siervo" en palabras y acciones, la aparente incerteza de los hechos históricos y el silencio de Dios.

La segunda parte expone la *significación* de este velo; es decir, cómo este velo poco transparente es significativo *por su falta misma de transparencia*. Los tres capítulos de esta segunda parte tratan sucesivamente del espesor, de la necesidad y de la significación del velo. Esta última idea se desenvuelve considerando primero al Hombre-Dios en el seno de la Virgen; segundo, el cuerpo divino en la cruz y en el sepulcro, y finalmente, la presencia real eucarística. Cierra la obra un epílogo sobre *el sentido trinitario* del Hombre-Dios.

Conviene hacer notar, pues el título de los capítulos apenas lo insinúa, que también aparece profundizado en este libro el papel que corresponde a la Santísima Virgen, haciendo resaltar de modo admirable en particular la fe de Nuestra Señora.

Entrar en detalles sobre puntos particulares no creo que sea propio de este lugar. En cambio, sí lo es tributar la expresión del más cálido reconocimiento a un alma recta y noble que busca con caridad comprender aun a aquellos que están fuera del cristianismo y que en magnífica síntesis ofrece las aparentes dificultades trocadas en *pruebas* de la misión divina de Nuestro Señor Jesucristo. La idea clave de esta paradoja es que el Dios que se nos ha revelado en Jesucristo no es precisamente el Dios-Omnipotente, sino *el Dios-Bondad*.

Mérito inapreciable de este libro es atreverse a mirar cara a cara los problemas, sin tratar en modo alguno de soslayarlos; de ahí que resulte tan moderno y apasionante. La solución del autor hemos de reconocer que pone de manifiesto un aspecto de la Divinidad algo olvidado y difícil de aceptar, pero que es completamente cierto.

El P. Thibaut nos recuerda el camino de un cristianismo sincero y fuerte, que no pretenda contentarse a sí mismo reduciendo a Dios a la medida humana, sino que se esfuerza por acomodarse a la misma manera de ser de Dios.

J. SOLANO, S. J.

ADAM, KARL, *Jesus Christus*. Versión castellana.—Herder (Barcelona, 1945)  
XV + 320.

Presenta Herder la traducción castellana de una de las más conocidas obras del ilustre profesor de Tubinga. Tanto en su lengua original

como en sus diversas traducciones a las lenguas europeas ha sido acogida esta obra con universal y merecida benevolencia.

En las primeras líneas se plantea el autor la cuestión central de su obra. "El problema que hoy nos inquieta consiste en saber si el hombre del siglo XX puede aún tener fe" en la divinidad de Jesucristo. Como preliminares para resolver esta trascendental cuestión examina el autor en el primer capítulo la naturaleza del mensaje cristiano; en el segundo, la disposición subjetiva del que desea llegar al conocimiento de la verdad de la fe, y en el tercero, las fuentes profanas y sagradas de la vida de Jesús. Pasa a continuación a exponer la fisonomía moral y espiritual de Jesucristo y el testimonio que de sí mismo da, en los capítulos IV, V y VI; y termina con otros dos sobre la resurrección y obra redentora del Dios hecho hombre.

Toda la obra, pero en especial los capítulos que constituyen el núcleo central de la obra, y que estudian la fisonomía moral y espiritual de Cristo, su vida íntima y el testimonio que de sí mismo da, son de lo más bello y sugestivo en su género. No se trata de frías disecciones críticas, ni de eruditas exposiciones, faltas de vida y calor. Por el contrario, todas las páginas del libro aparecen impregnadas de profunda piedad y ardiente amor a la persona del Salvador y a la verdad cristiana, a través de las cuales se revela el celo de un fervoroso apóstol que desea comunicar a sus hermanos alejados del cristianismo y sumergidos en un mar sin fondo de dudas y prejuicios, la dicha de la fe, que él posee con fruición.

Nos parece de especial interés apologético el capítulo segundo, donde desarrolla el autor la disposición subjetiva del hombre y el elemento sobrenatural que se requieren para llegar a la fe: seriedad leal y sincera ante la trascendencia del problema; el sentimiento religioso, no ciego o puramente emocional, sino precedido del juicio de la inteligencia, y por fin, como elemento esencial, con frecuencia olvidado por los que tratan de llevar a los hombres al conocimiento de la verdad revelada, la gracia sobrenatural. No lo olvidemos, "la fe en Cristo es... el hecho de Dios, un beso de su amor, enteramente gratuito..." Este es el punto de partida para proceder a la exposición razonada de los motivos de credibilidad; porque "no bastan ni la gracia sola ni la razón sola".

Sin embargo, no podemos menos de observar que en la exposición de la importancia e influencia del sentimiento religioso en el conocimiento de la verdad se encuentran expresiones que producen alguna extrañeza, y que a más de uno le pueden parecer ligeramente exageradas. Algo parecido ocurre en algún que otro pasaje de la obra. Véase, por ejemplo, la frase siguiente, en la p. 5: "Dios hecho hombre no es el término último, el verdadero objeto de nuestra adoración".

Con todo, a pesar de estas insignificantes deficiencias, que señalamos en honor a la verdad, creemos que la lectura reposada de esta obra, llena de vigor y de vida, será muy útil no sólo a los seglares cultos que busquen un conocimiento racional de su fe, sino aun para los mismos sacerdotes y religiosos que deseen penetrar más profundamente en los misterios que encierra la persona del Redentor. Más útil todavía para los que en conferencias, círculos de estudios, etc., desean presentar a los demás el camino que lleva a la fe en Cristo.

No podemos tributar las mismas alabanzas a la traducción. Es ésta árida, dura, y a veces, difícil. Reconocemos la dificultad de la empresa; pero no podemos menos de lamentar que la traducción reste parte del encanto que tiene la obra en su lengua original.

A. G.

TUSQUETS, JUAN, PBRO., *La crítica de las religiones*. "Colección Lábaro".—Editorial Lumen (Barcelona, 1946) 328.

El índice de este libro bastará a dar idea de su contenido y de su carácter. Los títulos generales de sus cuatro capítulos son: *I. La certidumbre* (consideraciones de índole filosófica). *II. La certidumbre religiosa* (explicaciones del hecho religioso, las defectuosas, como las de la escuela mitológica, antropológica, psicológica, y la explicación satisfactoria, o sea la histórico-cultural, con una crítica de las religiones anteriores a Jesucristo). *III. La certidumbre cristiana* (explicaciones erróneas y satisfactorias del hecho cristiano, con el valor histórico del Evangelio y crítica del Judaísmo y del Mahometismo). *IV. La certidumbre católica* (las falsas y las verdaderas interpretaciones del hecho católico, exclusión de las Iglesias no fundadas por Cristo y justificación crítica de la única Iglesia que Jesucristo fundó, que es la Católica, Apostólica, Romana). No es el libro del Dr. Tusquets una Historia de las religiones, a manera del *Christus*, de Huby, ni un estudio comparado de las mismas, al estilo del bien conocido de Pinard de la Boullaye o del P. Schmidt; tampoco es una mera crítica de ellas ni una mera apologética de la religión católica, sino que juntando elementos muy variados aspira a que el lector se dé cuenta de los diversos hechos religiosos y de las interpretaciones dadas por los que se dicen representantes de la ciencia y fácilmente pueda discernir la única religión verdadera. El Dr. Tusquets ha escrito un libro profundamente pedagógico y claro; tanto, que a ratos, por ejemplo en las primeras páginas, se nos antoja infantil, efectivo sin duda de su afán vulgarizador. Su cultura es inmensa, y lo mismo habla de los Presocráticos y de Santo Tomás, de Aristóteles y de los culturalistas modernos, como nos trae una simpática semblanza de Mauricio de Wulf en su cátedra de Lovaina y del P. Guillermo Schmidt en Viena. Una muestra de su estilo. Después de refutar ciertas teorías filosóficas de José Ortega y Gasset y de Eugenio d'Ors, escribe: "Y para disimular estas insuficiencias no basta adoptar actitudes teatrales, como suele D. José; ni alardear de mago, como D. Eugenio. Los estudiosos de la Filosofía examinarán con imparcialidad, sin prejuicios, cualquier doctrina, favorable o contraria a sus propias opiniones; pero quizá no se presten indefinidamente a dejarse tomar el pelo" (p. 82).

A. G.

TUSQUETS, JUAN, PBRO., *La religión explicada a los mayorcitos*. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Daniel Llorente, Obispo de Segovia. Ilustraciones de T. Branyas.—Editorial Lumen (Barcelona, 1946), 562.

La novedad de este libro consiste en el método. El mismo autor nos lo describe: "He escogido para pieza fundamental el *círculo de estudios*... Concibo el círculo como una serie de breves conversaciones, interrumpidas por unos momentos de reposo. Cada una de estas conversaciones o puntos empieza por una *comparación* y termina con una *conclusión*. Corona el círculo de estudios la *recapitulación*... Lo aprendido ha de incorporarse a la vida. Para ello no atino en mejor procedimiento que la narración de una *vida de santo*. De un santo que encarne las verdades objeto de la lección... Cada lección va ilustrada con un *gráfico*". Digno de toda loa nos parece semejante método, y alabamos en particular, por su indudable eficacia psicológica, la práctica de aña-

dir a cada explicación la biografía compendiosa de un santo. Creemos, con el autor, que esta obra será bien recibida de catequistas, consiliarios de A. C., maestros y aun predicadores. Son muy útiles los índices doctrinal, personal y oratorio.

A. G.

MUÑANA, RAMÓN J. DE, S. I., *Verdad y vida*. Colección de hechos y dichos catequísticos. Tomo IV.—El Mensajero del Corazón de Jesús (Bilbao, 1946), 592.

Sigue el P. Muñana en su labor de recolección de datos históricos, ejemplos, anécdotas, comparaciones, etc., de cuya utilidad hablan ya ponderativamente los catequistas y predicadores, por la experiencia de los tres tomos anteriores. Este tomo es el IV y versa sobre la Oración y el Padrenuestro, aduciendo sobre ello nada menos que 1.566 ejemplos. Va siguiendo el orden del Catecismo. Tiene esta Colección del Padre Muñana, sobre otras similares, además de la cantidad de datos, otra ventaja, que es la de eliminar las historietas evidentemente falsas o que pueden inducir a error al lector sencillo, anotando siempre de qué fuentes las toma, que en general suelen ser autores serios.

L. C.

SANCHIS ALVENTOSA, JOAQUÍN, O. F. M., *La escuela mística alemana y sus relaciones con nuestros místicos del Siglo de Oro*.—Editorial Verdad y Vida (Madrid, 1946) XI + 237.

En este libro ha reunido el autor los artículos publicados en la revista de los PP. de San Francisco el Grande, de Madrid, *Verdad y Vida*, comenzando en el número de octubre a diciembre de 1943, y acabando en octubre de 1945, añadiendo al principio un prólogo del catedrático de la Universidad Central, Angel González de Palencia, quien hace la presentación del P. Sanchis Alventosa, que cursó brillantemente la Teología y Filosofía en Alemania, y posteriormente se doctoró en la Universidad de Madrid; ha colaborado en diversas revistas y ha actuado en solemnes actos académicos. El P. Sanchis, siguiendo la orientación señalada por Menéndez y Pelayo, estudia en este libro la influencia que en nuestros místicos del siglo XVI ejercieron las escuelas alemana y flamenca de últimos del siglo XIII y de principios del siglo XIV. Antes expone el origen de este movimiento, y da una síntesis de los autores místicos de estas escuelas, deteniéndose en Ekehart, en el Doctor Iluminado, Juan Tauler, y en Juan Ruysbroeck el "Admirable".

Entrando en el estudio de los místicos españoles, expone el florecimiento de la mística en el siglo XVI, los libros alemanes de ascética y mística más divulgados, y va analizando los influjos extranjeros en diversos autores españoles, deteniéndose largamente en el franciscano Fray Juan de los Angeles, que se lleva en el libro la parte del león, y acabando con el carmelita Fray Miguel de la Fuente. Al destacar el P. Sanchis la influencia germánica sobre algún místico español, pone con frecuencia al lado, en columnas paralelas, el texto correspondiente, para patentizar la influencia. Ingente ha sido esta labor, pues a menudo los místicos españoles no citan las fuentes a que acuden. Menéndez y Pelayo habló de la influencia de esta mística alemana acentuando la nota de pesimismo, y muchos han repetido sus palabras sin examen previo de los autores. Era, pues, necesario poner las cosas en su punto. Tanto más

que diversos autores extranjeros han mantenido en este punto criterios dispares y exagerados. De todo cuanto se ha escrito se ha hecho cargo el P. Sanchís, precisando el alcance de la influencia de la mística alemana en la española.

Cuando señala las características de la mística española, plácenos que haya recalado su nota de "psicológica". Al recorrer los místicos españoles en que se deja ver alguna influencia alemana, hubiéramos deseado que el estudio se extendiese a otros escritores no mencionados. Creemos que el nombre de "Molinistas", aplicado a los secuaces de Molinos (p. 16), desagradará a muchos, acostumbrados al sentido bien diverso de esta palabra en las controversias teológicas. De lamentar son las frecuentes erratas, aun en los textos aducidos, que truecan completamente el sentido. Así, hace decir al P. Angeles en su *Conquista*: "como niño pequeño se goza dentro del pecado" (subrayamos nosotros), en lugar de "dentro del pecho" (p. 190). También la bibliografía hubiera podido ser más abundante y variada. Al hablar del franciscano Fray Bernardino de Laredo parece desconocer las dos redacciones, tan diferentes, de su *Subida del Monte Sión*, pues sólo habla de la primera (1535) y no de la segunda (1538), en que va siguiendo los pasos del cartujo Hugo o Enrique de Balma, entrando más en la vía afectiva (cf. FIDEL DE ROS, O. P. M. CAP., *La Contemplation d'après Laredo*: BullLittEcccl' 44 [1943], 203-228; 45 [1944], 147-170).

Por lo demás, estamos de acuerdo con el autor del prólogo en que "una de las buenas cualidades de este libro es que, junto con su gran erudición, fruto de la lectura de largas horas, tiene una agilidad de redacción que lo hace ameno y agradable, cosa digna de todo encomio".

MANUEL QUERA, S. I.

GHELLINGER, J. DE, S. J., *L'essor de la littérature latine au XIII<sup>e</sup> siècle* (Museum Lessianum. Sección histórica, t. IV-V).—Edition Universelle, S. A. Rue Royale, 53, Bruselas, Bélgica. 2 vols., en 8.º, VIII-232 y 355 p., 325 francos belgas.

En trance de poner término con un tercer volumen a su *Littérature latine au moyen âge* ("Estudios Eclesiásticos", 16, 1942, 559-560), el reverendo P. José de Ghellinck se ha visto con las manos llenas de tan ricos materiales, que no se ha resignado a encerrarlos en los breves límites de un fascículo de la *Bibl. Cath. des Sciences Religieuses*, y ha resuelto exponer en toda la extensión de los dos volúmenes presentes el pujante florecimiento literario del siglo XII. Los lectores se lo agradecerán cumplidamente al tomar en sus manos esta obra maestra, llena de erudición y de sazónada crítica, sobre un período de la historia literaria tan trascendental para la teología posterior, y en general para las letras, cual fué aquel siglo.

La sola enumeración de los capítulos bastaría para recomendar la obra. Son los grandes grupos escolares de teólogos, filósofos y juristas, desde San Anselmo hasta San Alberto Magno, con los liturgistas, polemistas, los epistológrafos y los predicadores; siguen los autores de obras didácticas, los traductores del griego y del hebreo, el *Ars dictaminis*; la historia universal, regional, monástica, la hagiografía y la poesía profana y religiosa.

El estudio de los personajes es una galería de retratos, finamente matizados en todos los pliegues que lleva consigo la complejidad de la

vida, en sus rasgos biográficos, modalidades características de su actividad y doctrina, valoración de sus escritos, contrastes de su personalidad propia con la de los contemporáneos, influjo peculiar de su actuación en la historia de las ideas teológicas. Y todo ello, no en el encasillado seco y rígido de un frío nomenclátor, sino en la trama viviente y orgánica de un relato genético y continuado, en medio del complicado bullir doctrinal y literario del siglo XII, que el P. De Ghellinek domina con soberanía excepcional.

Los lectores españoles tropezarán gratamente con Pedro Alfonso, polemista conciliador y autor de la *Disciplina clericalis*; con Raimundo Martí, el sugestivo apologista, autor del *Pugio fidei*; con San Martín de León, el de los proliferos sermones destinados a los judíos; el polemista Lucas de Túy, etc. Por otra parte, aparecen: la admirable organización de la escuela toledana de traductores, con Raimundo de Toledo (1126-1153); la relación del rabino Benjamín de Tudela en su *Itinerarium*; el *Comentator* Averroes; los grandes traductores Juan de España y Domingo Gundisalvo. El enorme esfuerzo de los traductores de Toledo y su aportación del saber griego, judío y árabe a las Universidades europeas, hizo posible la obra científica y filosófica de Alberto Magno.

De sumo valor para apreciar las fuentes medievales de la poesía en los comienzos de las lenguas romances es el capítulo VI. El autor, en la valoración de los géneros, ha sabido evitar los extremos, estimando con suma sensatez lo que se halla de positivo mérito en aquel inmenso océano de prosa rimada. Allí pueden verse los orígenes de los *Misterios*, de los *Combates* o *Altercaciones*; el *Pamphilus* y otras obras precursoras de nuestros Clásicos. En lo religioso, las obras maestras *Iesu dulcis memoria*, *Veni Sancte Spiritus*, *Dies irae*, etc.

El mundo sabio acogerá con aplauso la aparición de esta obra, síntesis de laboriosidad prolongada y de fina valoración crítica, fruto de un especialista en la historia de la Teología, excepcionalmente familiarizado con el pensamiento medieval y su transmisión literaria.

J. MADUZ, S. I.

MADUZ, JOSÉ, S. I., *La Iglesia, nuestra Madre. Su paso de luz sobre la tierra* (Bilbao, 1946) 311.

Agradecemos al P. Maduz este librito que nos ofrece, recogiendo en precioso ramillete una serie de artículos que florecieron dispersos en revistas y periódicos, y que por versar todos ellos sobre la *Iglesia nuestra Madre* forman un conjunto de bastante unidad. Son tan hermosos algunos de ellos, verbigracia, el del *Amor a Jesucristo en la Iglesia de los mártires*, y el de la *Devoción a la Iglesia en los primeros siglos*, que muchos lectores lamentaban no poder tenerlos a la mano. En el campo primaveral de la antigua literatura cristiana y en los escritos de los Padres Apostólicos puede decirse que no hay flor de la que no se hayan libado aquí sus mejores mieles: la Didaqué, las Cartas de San Ignacio, el martirio de San Policarpo, el Himno de Clemente Alejandrino, otros Himnos primitivos, el Banquete de San Metodio, la Liturgia, las Inscripciones, etc. Hay mucha variedad y diferencia de tonos en los trabajos aquí recopilados. Algunos son de vulgarización, escritos con amenidad y elegancia; otros, más especializados y propios del teólogo; pero en todos se admira, además de la precisión científica y la erudición selecta, la cinceladura limada del lenguaje. Alguna pequeña repetición se

nota, ni es extraño, dada la índole del libro. El número de sedes episcopales que nos da en la página 112 no coincide con el de la página 154. Tal vez hubiera sido conveniente traducir algunas citas latinas, dejando en nota el texto original. Y un índice más detallado sería muy útil al lector.

R. G.-V.

ALMAZÁN, M., *Jesús de Nazaret*. Con inclusión íntegra de las fuentes evangélicas.—Editorial Lumen (Barcelona, 1946) XXVI + 434. Esta primera edición contiene: varios mapas y planos; 58 ilustraciones a la pluma, originales de Isabel López Salas, y 55 láminas, fuera de texto, reproducción de las mejores imágenes de Cristo en el arte, acompañadas de un comentario sintético crítico por el Dr. Francisco Camprubí, Pbro.

Bien venida sea la nueva vida de Cristo. Esta que ha escrito D. Manuel Almazán, Pbro., no aspira a ser un "libro sabio", agobiado de erudición, pero tampoco es un libro vulgar, en el mal sentido de la palabra. El autor ha estudiado seriamente los Evangelios y las obras clásicas que sobre ellos se han compuesto, y luego, prescindiendo en lo posible de los recuerdos librescos, se ha puesto a decirnos con voz pura, tersa, objetiva, la vida de Nuestro Señor, según una *Concordia* de los Evangelios. Todo el texto sagrado se nos da en estas páginas. Y ese texto va aclarado y ligeramente comentado, con un arte tan sutil, que apenas se nota cuándo empieza el comentario. Es admirable este arte de zurcir fragmentos propios con los del texto inspirado, lo cual es una prueba de la naturalidad cristalina, de la limpidez de estilo y también de otra cualidad inapreciable, que yo llamaría realismo u objetividad, y mejor, inmediatez de visión de los hechos evangélicos. Aquí reside su principal encanto. Antes de cada episodio adelanta los datos necesarios, históricos, geográficos o de cualquier género, y seguidamente, haciendo suya la narración evangélica, sin más separación que la tipográfica de unas comillas, va desfilando la vida toda de Nuestro Señor. Nada de discusiones, nada de levantar dudas o problemas; quédese eso allá para las Vidas cruditas. Nada tampoco de consideraciones apologeticas, ni siquiera piadosas, aunque no le falta esa honda piedad esencial de los Evangelios, leídos sencillamente por un hombre de fe. Se nos antoja que depende algo de Ricciotti, de un Ricciotti simplificado y sin introducciones científicas. Una cosa notabilísima que avalora este libro es la serie de imágenes de Cristo, escogidas y estudiadas por el Dr. Camprubí. No es una colección de imágenes artísticas; es algo más. Es la historia de Cristo en el arte, con su evolución desde el arte de las Catacumbas hasta las corrientes más modernas. No todos compartirán el juicio con que el Dr. Camprubí valoriza alguna que otra imagen, pero siempre reconocerán su competencia. Yo creo que todos debemos alabar la dureza con que critica esas imágenes feminoides, acarameladas, bonitas, blandamente sentimentales, que desde las artísticas de Dolci hasta las industrializadas de nuestros días vienen invadiendo y deformando la piedad popular.

R. V.

MEIER, JOSÉ, *María en la vida de los jóvenes*.—Ediciones Studium de Cultura (Madrid, 1946) 114.

Este librito ha sido "ordenado y editado según las notas de un experimentado director de jóvenes", cuyo nombre se oculta por voluntad propia. Dichas anotaciones son de dos clases: unas—las más—reveían testimonios redactados por multitud de jóvenes, que describen los múltiples influjos que en su vida ejerció la devoción mariana, y otras recogen algunos pensamientos relativos al culto de María, entresacados de las obras de diversos teólogos antiguos y modernos. El enlace de unas y otras se hace en cada capítulo con el intento de que las vivencias marianas, relatadas por plumas juveniles, aparezcan basadas en la dogmática católica.

No se trata en esta obrita de hacer una investigación doctrinal o histórica acerca de la devoción mariana. El experimentado director la califica más bien de psicológica, y eso no en el sentido de pretender dilucidar íntegramente las profundas cuestiones psicológicas que están relacionadas con la influencia de la Madre de Dios en innumerables corazones—tema que lo reserva para mejor ocasión—, sino en el de presentar sin grandes disquisiciones teóricas el hecho real del insospechado influjo de María en los más variados e importantes aspectos de la vida espiritual de muchos jóvenes.

La comprobación de este fenómeno es sencilla. Divide el autor la experimentación religiosa de la juventud en sus elementos más fundamentales—problema de la pureza, renunciaciones características de los primeros años, soledad y debilidad en el período de tentación y de caídas, luchas por la fe, etc.—, y en todos ellos son los mismos jóvenes los que ayudan al autor, mediante preciosos testimonios, a demostrar el hecho mencionado. No falta un capítulo en el que se prueba este fenómeno de modo general. Y dignos son también de mención especial los capítulos "Hacia Cristo" y "Por Cristo a María", que acentúan bien la nota cristocéntrica de la devoción a María y el carácter mariano con que va señalando el genuino culto a Jesucristo. La doble e inversa vía: *María lleva a Cristo y Cristo conduce a María*, van debidamente atestigüadas por bellas confesiones juveniles.

El libro es de fácil y agradable lectura, y el estilo de los testimonios seleccionados es, hablando en general, claro y terso, y sobre todo, rebosante de vida y entusiasmo.

Inmenso bien pueden hacer estas páginas a los jóvenes, muchos de los cuales podrán contemplar en ellas su propio retrato. Y no sólo a ellos. También a los confesores y directores de asociaciones juveniles será útil esta lectura, por el abundante material de estudio que proporcionan estas confesiones, recogidas en los más diversos ambientes.

J. OLAZARÁN, S. I.

AZPIAZU, JOAQUÍN, S. J., *La Moral del hombre de negocios*.—Editorial Razón y Fe (Madrid, 1944).

Es esta obra una notable ampliación de otras dos obras del fecundísimo escritor P. Azpiazu. *Moral Profesional Económica* y *Los Precios abusivos ante la Moral*.

Es un libro de suma actualidad y que responde a una verdadera necesidad en el orden moral. Es axioma en Filosofía Moral, y lo mismo

nos dicen los teólogos moralistas, que el hombre se salva o condena según que cumpla o no sus deberes profesionales. La profesión hace al hombre.

Pues bien, el autor pretende abrir camino y dar orientaciones científicas y prácticas en el orden moral para la cristianización de la conciencia profesional, y todo libro que tienda a orientar en este nuevo y dilatado campo del mundo de los negocios merece aplauso, como bienhechor de la sociedad y de la religión cristiana.

No es raro oír en la intimidad quejas a los hombres de negocios por no encontrar a veces en el sacerdote confesor la debida orientación necesaria en los difíciles problemas que presenta hoy día la lucha por la vida en el orden comercial e industrial.

En este libro hallarán un buen consejero los señores confesores y un experto guía los hombres de negocios que quieran practicar la moral cristiana en su vida profesional.

Leyendo esta obra se nota en seguida que su autor domina completamente la materia que trata, como profesor que ha sido de Moral Profesional en las Universidades Comercial y de Derecho de Deusto (Bilbao).

Brillan en esta obra la precisión de conceptos, la solidez de doctrina, apoyada siempre en los grandes moralistas antiguos y modernos, y la decisión y firmeza con que resuelve multitud de casos morales complicadísimos de lo nueva vida comercial e industrial.

La presentación tipográfica, muy esmerada.

JOSÉ P. BULNES, S. I.

SCHILGEN, HARDY, S. I., *Él frente a ella*.—Trad. y adapt. al castellano por los PP. Agustinos (Madrid, 1946) 139, ptas. 12.

El P. Schilgen, en su larga carrera de educador, ha brindado a los jóvenes próximos a la edad de contraer matrimonio, este libro, que expone con toda claridad, y apoyándose en buen número de testimonios, el vidrioso tema de las relaciones entre el joven y la joven, a la luz de la moral católica. Este libro, publicado por primera vez en 1924 en lengua alemana, ha sido recibido con tanta aceptación, que de él se han tirado 120.000 ejemplares en lengua alemana y mereció ser proscrito por la política nazi, mientras era vertido en numerosos idiomas extranjeros. En este libro se inspiraron muchos autores, y se presenta al público en la traducción española con el reclamo, al que tal vez no todos asentarán, de ser "el primero y hasta el único dedicado exclusivamente a tratar con toda delicadeza" este punto de las relaciones matrimoniales.

En el paganismo de la vida moderna se ha rebajado mucho el nivel del matrimonio. Las facilidades del divorcio, a la orden del día en tantas naciones, ha contribuido a relajar este vínculo con harta facilidad, y los que se acercan a este sacramento miran ya este contrato como un compromiso ligero, que se estrecha o se suelta por mera conveniencia. El P. Schilgen habla con toda claridad. Su voz a veces resulta algo fuerte. Pero este lenguaje se hace hoy necesario en el ambiente vicioso que respiramos, y viendo a tantos que se acercan con ligereza al santo sacramento del matrimonio, con la afectada ignorancia de los graves deberes que contraen.

M. Q.

VERDASCO, FÉLIX, Pbro., *En el umbral del matrimonio*. Primera parte: *Teoría*.—Edic. Studium de Cultura (Madrid, 1946) 148, ptas. 12.

El autor se ha propuesto en este libro, como dice al final de él, componer "una glosa sin pretensiones de lo que pudiéramos llamar la teoría del Amor, en la que no se hace mención de la práctica", que deja para exponer en otro libro. Y a esto se reduce el libro. Después de tres capítulos en que se exalta la vida, la juventud y el corazón, sigue la teoría del amor, sus encarecimientos, las negaciones y extravíos del amor, con su culminación en el amor de carne con sus funestas derivaciones. Después de leer el libro, se queda uno con cierto saborcillo amargo, por haber recorrido tantas facetas desagradables del amor. Tal vez alguien opinará que no era preciso reforzar tanto la nota negra; pero así es la realidad de la vida. El libro está trazado con mucha erudición, que quizá estorbará a ciertas lectoras, con estilo elegante y ameno, aunque sobran algunas erratas. Ciertamente el libro reclama la segunda parte, sin la cual queda algo manca la primera.

M. Q.

*Psalterium Breviarü Romani, secundum novam e textibus primigeniis interpretationem latinam, Pii Papae XII auctoritate editum*.—Editorial Cocusla (Madrid, 1946) 318, 16 × 10,5 cms.

Como un verdadero éxito de oportunidad y presentación podemos señalar la edición que del nuevo Psalterio del Breviario Romano nos ofrece la Editorial de los PP. del Corazón de María. Su esmerada presentación tipográfica—no exenta de erratas—, lo reducido y ligero del volumen, harán sin duda que este *Psalterium* sea acogido con agradecimiento por el clero español.

Fuera del Común de Apóstoles y de la B. Virgen y el Nocturno de los Difuntos, ha omitido los otros Comunes, que incluye la edición vaticana: sólo van al final esquemáticamente, remitiendo a los Salmos del hebdomadario. Creemos que este defecto no se compensa en la práctica con los dos folletos adjuntos, *Psalmi Nocturnorum Communes* y *Psalmi Dominicæ Festivi*, y las hojitas esquemáticas para las fiestas.

Por último, dada la excelente impresión que produce este librito, nos atreveríamos a animar a los editores a que completen este buen servicio prestado al clero español ofreciéndonos pronto un Diurno.

P. ARGOS, S. I.

*Misal Romano abreviado*.—En latín y castellano. Ilustraciones de F. Guerrero.—Editorial Balmes (Barcelona, 1946).

Un Misal cotidiano, en latín y en español, a dos columnas, de pequeño volumen y sin apretujamientos de letra o de línea, sino más bien de tipos bastante grandes, claros, espaciados, a dos tintas, papel fuerte, con hermosas ilustraciones y buenos croquis, ¿no les parecerá a muchos un mirlo blanco? Pues la Editorial Balmes lo ha realizado. El número de páginas es tan sólo de 226 + 664, a lo cual se añade un *Devocionario breve*, de 65 páginas. ¿Cómo ha logrado este prodigio? Buscando un tipo medio entre el *Misal completo* y el *Misal de domingos y fiestas*. Adoptando una de las misas genéricas o *de communi* en cada caso, se con-

vierte en un Misal cotidiano, porque los fieles que oigan misa todos los días del año por este misal encontrarán cada día su misa propia o genérica. Para nuestro gusto, deseáramos dos cosas: 1.º, que antes de las principales fiestas, o por lo menos al empezar los ciclos de Adviento, Navidad, Cuaresma, etc., se pudiese una breve indicación histórico-litúrgica para ambientar e instruir al lector; 2.º, que la *lista de misas propias o apropiadas* de la página VI se pudiese esparcida por todo el Misal, cada título en su propio lugar, a fin de no estar cada día mirando a ese índice.

V. A.

AYALA, ANGEL, S. J., *Exámenes prácticos para días de retiro*.—Ediciones Studium de Cultura (Madrid, 1946) 233.

Aunque el libro va dirigido a personas religiosas, sin embargo ya indica el autor que puede "utilizarse por sacerdotes seculares... y aprovechar a cuantos aspiren en su estado a la perfección de su espíritu".

El estilo y competencia del P. Angel Ayala es de sobra conocido para que necesite ponderación. En esta obra ha recopilado una serie de pensamientos, ordenados en 51 puntos o apartados, que pueden servir de materia para otros tantos exámenes prácticos en días de retiro. Con esto queda patente su utilidad, ya que muchas almas desean aprovechar bien los días de retiro y tal vez no hallan materia abundante en que emplear el tiempo del examen práctico provechosamente. El P. Ayala propone temas muy variados que abarcan todos los ejercicios prácticos de la vida espiritual, desde el amor de Dios hasta las pequeñas virtudes y perfecciones del religioso.

La materia se expone en forma de pensamientos, que pueden servir para meditación y luego la aplicación de los mismos adaptados a un examen de conciencia.

FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

SARABIA, RAMÓN, Redentorista, *A misa, domingos y fiestas. Cruzada nacional*.—Editorial El Perpetuo Socorro (Madrid, 1945) 383.

Con su voz de clarín apostólico y con su peculiar estilo, el popularísimo misionero redentorista P. Ramón Sarabia lanza este pregón, que debían escuchar todos los españoles: "A misa, domingos y fiestas". Piensa que si no se empieza una eficaz cruzada nacional en favor de la santificación de las fiestas, estamos perdiendo lastimosamente el tiempo. Y tiene razón. Su libro abarca cuatro partes: *I. Hay que ir a misa. II. No vamos a misa.—III. Los predicadores de la Cruzada nacional.—IV. Métodos para lograr la santificación de las fiestas*. Algunas estadísticas parciales que trae son aterradoras y deben hacer pensar seriamente a quienes se preocupen del porvenir religioso de España. El libro es—como todos los de este inago de la palabra—una cinta cinematográfica en que se suceden en pintoresca continuidad y dramatismo historias, historietas, anécdotas, parábolas, fantasías, datos curiosos, dialogismos, etcétera, al servicio de una idea grande, de una convicción honda, apasionadamente sentida.

V. A.

TORRES, ALFONSO, S. I., *Lecciones sacras sobre los Evangelios*. Vol. IV. *El sermón del monte*.—Edit. Escelicer (Cádiz, 1945) 333, 12×18 cm.

Un nuevo tomo—el cuarto—de las lecciones sacras que con tanto fruto predicó el llorado P. Torres en las iglesias del Sagrado Corazón de Jesús y de San Francisco de Borja de Madrid. Su autor falleció santamente en Granada el 29 de septiembre de 1946. Se extinguió para siempre aquella voz elocuentísima, en ocasiones mágica y fascinadora, que a tanta altura levantó la genuina predicación cristiana, a fuerza de sencillez y de evangelio. De la llaneza catequética pasaba al arrebató lírico, y de la exposición doctrinal o exégesis escriturística—que era su especialidad—, al encendimiento oratorio del corazón y de la fantasía, con naturalidad admirable, según las circunstancias, y con un dominio de la palabra y del público característico de los sumos oradores. A esto se agregaban en el P. Alfonso Torres unas dotes extraordinarias de inteligencia y de ciencia sagrada, y lo que más vale, un espíritu evangélico y un fervor tan inflamado que a veces le impulsaba a ciertos extremismos. Los que oyeron su palabra viva acaso no la reconozcan en estas páginas tan sobrias y escuetas, mas a pesar de todo no dejarán de leer con agrado las Lecciones sobre los cristianos, “luz del mundo y sal de la tierra”, sobre la perfección, sobre la limosna, sobre el ayuno, y especialmente las diez lecciones en que comenta la Oración Dominical.

V. A.

S. JOSÉ, BRUNO DE, *Vida de Santa Teresita del Niño Jesús, carmelita descalza de Lisieux*. Biblioteca Nuestros Santos.—Editorial Vicente Ferrer (Barcelona, 1946) 428, ptas. 15.

En el preámbulo del libro se refiere la ocasión en que fué escrita esta vida. Estando el P. Bruno de S. José, a fines de junio, oteando perspectivas de verano, recibió encargo de escribirla, con la condición de estar para los tórculos a fines de agosto. El autor, que en 1942 había traducido la *Historia de un Alma* de la santa, y el año siguiente vertió al castellano, prologó y anotó las *Obras completas de Santa Teresita*, estaba, sin duda, preparado para la labor. Por ello no quiso escribir una Vida más, sino más bien, suprimiendo lo episódico de la *Historia de un Alma*, usufructuar lo publicado hasta el presente relativo a la santita. Con este propósito, aun sin pretenderlo, ha trazado una obra de erudición, dentro de las vidas populares de la Editorial Vicente Ferrer. Ha amenizado además la lectura con preciosos grabados que la ilustran, y ha dedicado copiosas páginas a lo que podríamos llamar gloria póstuma de la santa de Lisieux.

Mil plácemes merece el P. Bruno de S. José por su obra, si bien algunos tal vez tropezarán con tantas citas intercaladas en el texto para dar la seriedad documentaria a la narración, y aun a ratos notarán fatigosa la lectura. A nosotros nos complacería que el autor hubiera podido limar y corregir más su escrito, y aun preferiríamos un tono más sencillo, que a veces peca de algo retórico. Así no llamaría a los santos *agüleños* (p. 297), ni al predicar de Jesús “*entablar* a las muchedumbres” (p. 359), ni *astente* a la mirada de Papa (p. 417), ni aparecerían los testigos del proceso *textes y contextes* (p. 403). Esta precipitación se nota en algunas ideas menos precisas, como al llamar “vieja

teoría filosófica" a la doctrina que enseña que el "Sumo bien creó todas las cosas haciéndolas participes de su Ser y de su Bondad" (p. 318).

No crea el autor que al señalar estos pequeños lunares depreciemos el mérito relevante que se encierra en su obra. Al contrario; precisamente por lo mucho que la apreciamos echamos de menos esta labor de lima con que estos defectillos hubieran desaparecido.

M. Q.

MONLEÓN, A., O. P., *Un Alma de Acción Católica. Santa Catalina de Sena, Dominica*, 3.<sup>a</sup> ed.—Editorial Poliglota (Barcelona, 1946) 292.

Elegantemente presentada ha aparecido ya la tercera edición de esta obra del benemérito Dominic P. Alfonso Monleón. La aserción de "notablemente corregida y aumentada" con que se presenta, no ha de entenderse en sentido de que en lo sustancial haya variado o se haya corregido la doctrina expuesta en las ediciones anteriores, ya que nada había que corregir. El autor, accediendo a indicaciones que se le hicieron, ha completado su trabajo con citas y hechos de Santa Catalina, que sirven para corroborar cuanto se expone en el texto.

Creemos sinceramente que esta obra habría de ser leída en todos los Centros de Acción Católica y ser considerada su doctrina como la base de toda acción Católica. Por esto bien merecería el título que el autor ha dado a su trabajo cambiarse ligeramente por este otro: "El alma de la Acción Católica". No es que queramos corregir el que ha escogido el autor (que muy bien elegido está), sino que queremos con ello determinar el contenido de este librito. A primera vista podría uno imaginarse que encontraría en sus páginas una vida de Santa Catalina de Sena. No pretende esto el P. Monleón, sino proponer en caso plástico y concreto lo que ha de proponerse todo afiliado a la Acción Católica.

La vida de actividad morbosa que nos rodea ofrece el gravísimo peligro de enfocar la actividad espiritual del apostolado por el camino del nervosismo o de la exteriorización absorbente. Se siente como necesidad de movimiento, de actividad, de acción; y en consecuencia se considera fácilmente tiempo perdido el que se emplea en la formación interior del alma, en la oración, en el estudio de la Religión; en una palabra: en la santificación interior. Este es por desgracia el peligro y el mal de mucho apostolado de nuestros días. A remediarlo y aun a prevenirlo se dirige el libro del P. Monleón. El cual demuestra magníficamente a la luz de las doctrinas de la Iglesia, de los Papas, de los teólogos (representados dignamente por Santo Tomás) y de Santa Catalina, que no puede haber verdadera Acción Católica sin un fondo de vida espiritual que vivifique todo apostolado. El dinamismo del Apóstol ha de ser un dinamismo que brote de dentro a fuera; pero esto interior ha de ser el amor de Dios, amor que nos llevará necesariamente a conformarnos con los deseos de Dios y a comunicar a los demás esta como participación divina que poseemos. Nadie da lo que no tiene; y si el Apóstol o miembro de A. C. no tiene la vida de Dios, mal la podrá comunicar a los demás. Así lo hacía Catalina: "No comenzó su acción antes de tener el alma llena de lo que había de dar. Si era preciso comunicar a los demás el Amor de Dios, primero ella lo viviría" (p. 91). Y esta vida de amor de Dios *vivido* se confunde con la perfección del cristianismo, la cual busca todo militante de la A. C.

Dando un paso más busca el P. Monleón el inedito *necesario* para alcanzar y conservar la perfección cristiana, y lo halla en la *Oración*, que nos pone en contacto con la fuente de la gracia u orden sobrenatural.

Pero la oración sola no basta. El miembro de la A. C. quiere ser cooperator, según sus posibilidades, a la obra de la salvación de las almas. Pues bien; "si la salvación total de la sociedad fué comprada con sangre y sufrimientos de Cristo, es de creer que la A. C.—verdadera colaboración a los fines de la Redención—no debe seguir otro método" (p. 163). A estas dos disposiciones o prácticas interiores hay que juntar el conocimiento más perfecto de las verdades reveladas, y principalmente de las virtudes teologales. Todo lo cual, acompañado del apostolado del ejemplo, constituirá el verdadero apostolado de A. C.

Con acierto cree el P. Monleón que todavía se requiere algo más en un miembro de A. C.: el amor a la Iglesia y sujeción a la Jerarquía. Superfluo sería recordar aquí que este amor a la Iglesia ha de extenderse a todas las actividades y corporaciones o instituciones de la misma de suerte que participe de su catolicidad.

Por último, se recuerda un principio de Santo Tomás: "Cuando uno es llamado de la vida contemplativa a la activa, ello acontece a manera de suma y no de resta"; es decir, que después que el alma se ha santificado y formado en la vida interior, al salir a la vida exterior de apostolado ha de procurar no mermar la actividad interna espiritual a causa de la externa (sería esto una resta), sino más bien añadir a la actividad interior conservada y aun acrecentada, la actividad del apostolado externo. Es decir, que el militante en A. C., una vez se ha puesto en contacto con las fuentes de la gracia por su propia santificación, ha de cuidar de no alejarse de ellas para tratar con los prójimos, sino llevar al prójimo a esta fuente de donde él mismo bebe la corriente divina que quiere enseñar a los demás.

Felicítamos al P. Monleón por el acierto de su libro, y deseamos vivamente su difusión para que el apostolado de la A. C., tan necesario en nuestros días, sea un apostolado fecundo, duradero y sólido.

FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

DÍEZ DE LA LASTRA, GONZALO, *El burgalés Fray Francisco de Vitoria*. Réplica al folleto de D. Francisco J. de Landaburu.—Imprenta Aldecoa (Burgos, 1930).

Hace ya bastantes años—el 11 de noviembre de 1927—se publicaba en "El Castellano" de Burgos un sensacional artículo, en el que se afirmaba rotundamente que "el Maestro Fray Francisco de Vitoria nació en Burgos en la segunda mitad del siglo XV, en el año 1483, fué hijo de Pedro de Vitoria y de su mujer Catalina de Compludo, ambos vecinos de la ciudad de Burgos y de honrado porte". Afirmaciones que sorprendieron a los entendidos. No se aducía prueba ni documentación alguna, pero suscribía el artículo Gonzalo Díez de la Lastra, Archivero del Ayuntamiento.

Como contrarias a la opinión de cuantos habían escrito sobre Francisco de Vitoria, tales noticias levantaron mucho revuelo, particularmente, como se deja entender, en las ciudades de Burgos y de Vitoria. Cinco días más tarde, D. Gonzalo Díez de la Lastra hubo de salir en defensa de su tesis, aseverando que se apoyaba en un manuscrito del Archivo del Ayuntamiento, cuyo título era el siguiente: "*Historia del insigne convento de San Pablo, orden de Predicadores de la ciudad de Burgos, i de sus ilustres hijos: Compuesta por el Padre Maestro frai Gonzalo de Arriaga, calificador del Consejo supremo de Su Magestad, de la Santa i general inquisición, Prior i hijo de dicho convento*".

Hubo réplicas y contrarréplicas, las cuales el Sr. Díez de la Lastra recogió en este libro, editado por la Corporación municipal de Burgos en 1930. A los primeros artículos periodísticos van añadidos varios capítulos, en los que demuestra que la autoridad del P. Arriaga en este punto es muy superior a la de los otros historiadores o cronistas que afirman la oriundez vitoriana del gran teólogo; que la Historia del P. Marieta, fuente y origen de la opinión tradicional, se resiente de gran endebiez crítica y no puede resistir la comparación con la del P. Arriaga; que el apellido paterno, Vitoria, era corriente en Burgos durante los siglos XV y XVI, y que el materno, Compludo, es genuinamente burgalés.

La tesis del Sr. Díez de la Lastra parecía sólidamente fundada, pero el carácter polémico de su libro, algunos extremos poco puntualizados, y sobre todo las autoridades de los modernos historiadores, PP. Getino y Beltrán de Heredia, O. P., que se declararon en contra, fueron causa de que no fuera aceptada universalmente. Yo mismo, sin pararme a hacer investigaciones, porque no me interesaba entonces esta cuestioncilla, seguí la corriente tradicional en mi libro sobre "*La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria*" (Roma, 1938). Poco después, un artículo del P. Manuel M. Hoyos, O. P., y la consideración reposada del problema me persuadieron que el Sr. Díez de la Lastra sostenía posiciones más firmes que las que persistía en defender el alavés P. Beltrán de Heredia.

Reconozcámosle este mérito

R. G.-VILLOSLADA, S. J.

BRUNO DE SAN JOSÉ, O. G. D., *El dominico burgalés P. Maestro Fray Francisco de Vitoria y Compludo (1483-1546)*.—Burgos. Tip. El Monte Carmelo (Burgos, 1946).

Por confesión de su autor, persiguen estas páginas una doble finalidad: ante todo, la de vulgarizar la personalidad de Francisco de Vitoria y Compludo, O. P., en este año cuatro veces centenario de su muerte; y en segundo término, la de actualizar e imponer la opinión hoy más justificada de la natividad burgalesa del insigne dominico.

Entre los campeones que más se distinguieron en defensa de la tesis, que ya conocemos, de Gonzalo Díez de la Lastra, figuró el P. Bruno de San José, por lo cual y por lo bien cortado de su pluma docta y entusiasta ha sido comisionado por el Ayuntamiento de Burgos para redactar este libro vindicatorio y conmemorativo.

En la primera parte, de más de cien páginas, expone y discute los argumentos de la sentencia vitoriana y de la sentencia burgalesa. Hubiéramos deseado un poco más de brevedad y precisión; con todo, el pensamiento es clarísimo y el discurso perfectamente lógico. Defiende el nacimiento de Francisco de Vitoria en Burgos y corrobora con nuevos datos los argumentos del Sr. Díez de la Lastra.

La segunda parte (p. 111-178) es una "Síntesis biográfica" del gran teólogo dominicano, trazada con estilo suelto y garboso. Se reduce a compendiar hábilmente las páginas históricas que a Vitoria dedicaron los PP. Getino, Beltrán de Heredia y García-Villoslada, a quienes cita con frecuencia. De ellos toma también en préstamo la riquísima erudición, que a no pocos lectores parecerá tal vez de primera mano. Mérito del P. Bruno es el examen crítico y la puntualización cronológica del nacimiento de Vitoria, separándose de los citados escritores para seguir al concienzudo y bien informado P. Arriaga, quien le hace nacer en 1483. Acaso algún día volvamos sobre este punto de la cronología vitoriana.

Nuestros plácemes al autor y también al Excmo. Ayuntamiento de Burgos, que ha patrocinado esta obra, como lo hizo antes con la del señor Díez de la Lastra. Mientras no se encuentre—que no se encontrará—la partida de bautismo del que fué Restaurador de la Teología y Fundador del Derecho internacional, tendremos por sólidamente probable—más que la contraria—la opinión de los que sostienen que Francisco de Vitoria, aunque hijo de padre alavés, vino al mundo en la ciudad que se ufana de ser *Caput Castellae*.

R. G.-V.

CERECEDA, FELICIANO, S. I., *Semblanza espiritual de Isabel la Católica*.—Ediciones Cultura Hispánica (Madrid, 1946) 284.

En estos últimos años se han publicado vidas muy estimables sobre Isabel la Católica, entre las que resalta la de Walsh (1937), la de Llancs y Torriglia (1943) y la de Silió (1943), de todas las cuales se ha beneficiado el P. Cereceda para trazar la *Semblanza espiritual de Isabel la Católica*. No es ésta una vida más, pues ya advierte su autor que se ha propuesto llenar un vacío: el de escribir “una monografía que recoja los rasgos de su alma, profundamente cristiana, devota y religiosa”, con el objeto “sólo de reavivar la llama de la devoción en las almas de aquí y de América, que deben mirar también a nuestra Reina como a su madre”, y con el anhelo de que llegue “el día en que la Iglesia pueda decirnos que nuestra común madre es santa y goza perdurablemente de la vista de Dios”. Colón y Las Casas llamábanla “santa”, y Palafox, comparándola con Santa Teresa de Jesús, escribía: “Si la Santa hubiera sido reina, fuera otra católica Doña Isabel”.

Pero no estamos en tiempos en que gusten los ditirambos; las virtudes de una persona se han de probar con los testimonios de sus coetáneos, y esto es lo que hace cumplidamente el P. Cereceda, siguiendo a los cronistas de aquella época. Ha sabido dar además amenidad y elegancia a su relato, ilustrándolo también con preciosos grabados. Como quiera que en la narración se entretujan trozos de cartas de Isabel, quizá por el afán de aprovecharlo todo, ha incurrido el autor en alguna repetición que hubiera podido omitir, como la de la p. 173, en que aduce una carta cuyo texto nos había dado ya anteriormente (p. 136-139).

Poco antes de la obra del P. Cereceda salió otra de Orestes Ferrara: *Un pleito sucesorio. Enrique IV, Isabel de Castilla y la Beltraneja*, que defendía una tesis nueva: la honorabilidad de Enrique IV, que no quiere se ponga en duda, y la legitimidad de la Beltraneja como hija de Enrique IV y heredera de Castilla. Sólo a la fortuna de Isabel y a la anormalidad de aquellos tiempos de revueltas, atribuye el que Isabel cifera la corona real. Para ello quita valor a las crónicas de su tiempo, y pasa una esponja sobre las acusaciones que sobre Enrique IV pesaban hasta ahora. Pero le resta por explicar entonces una serie de enigmas: cómo los nobles destronaron a Enrique IV y proclamaron rey a su hermano Alfonso, llegando a la parodia de la estatua en Avila para destronarle públicamente; cómo muerto prematuramente Don Alfonso y negándose Doña Isabel a aceptar el trono viviendo su hermano Enrique, éste, en la venta de los Toros de Guisando, confesó que la Beltraneja no era hija suya y que lo confesaba “para confirmación del derecho hereditario de la princesa Doña Isabel, su hermana”; y cómo finalmente al rehusar ésta los partidos matrimoniales que le ofrecía, prefiriendo casarse con Don Fernando, montó en cólera Enrique IV, volvió atrás y se desdijo de cuanto había asegurado y proclamado. Creemos sinceramente que Orestes Fe-

rrara ha introducido una confusión, y no ha faltado quien, como el duque de Maura en "El Español" (130, 21 de abril de 1945) y Félix de Llanos y Torriglia (*En el hogar de los Reyes Católicos*, Apénd. II, p. 271 y s., Madrid, 1946), le han buscado el talón de Aquiles. El mismo P. Cereceda ha acabado de remachar el clavo, en su artículo "Un pleito sucesorio" de *Orestes Ferrara* ("Razón y Fe", 590, marzo 1947, p. 248-262). Toda la labor de zapa de Ferrara para defender a Enrique IV, marcando con un borrón al cronista Palencia, cae por el suelo al patentizar que otros cronistas de aquel tiempo, que parece desconoció Ferrara, repiten lo mismo. Orestes Ferrara ha cometido la injusticia de juzgar la historia del siglo XVI con criterio moderno. Olvidó, como se lo echó en cara el duque de Maura, que entonces "los fraudes de la gestión en el ejercicio de la realeza no quedaban jamás impunes, y cuando llegaban a ser graves se castigaban con el destronamiento, con el cambio de dinastía o, cuando menos, con la exoneración de la línea directa". Esperamos, pues, que la historia confirmará el fallo, que nos da el P. Cereceda, de la santidad de la Reina Católica.

MANUEL QUERA, S. I.

SALVADO, ROSENDO, O. S. B., *Memorias históricas sobre la Australia y la Misión Benedictina de Nueva Nursia*.—(Madrid, 1946) XXIV + 439, con varios grabados y dibujos, 20 × 13 cm.

La Colección *España Misionera* ha iniciado nueva época de publicaciones con estas interesantes *Memorias*, que dan a conocer una gloriosa misión española oculta en las remotas selvas de Australia. Se llama Nueva Nursia en memoria de la patria del gran patriarca de los monjes de occidente San Benito, y la sostienen los religiosos benedictinos españoles que han implantado en ella los mismos métodos que usaron sus antepasados para cristianizar a buena parte de Europa: meterse en medio de los salvajes, fundar una abadía, rezar, cultivar los campos y pastorear el ganado; los indígenas se encuentran así ante un foco de cristianismo viviente, y al cebo de las ventajas materiales se va formando una población cristiana al amparo de la iglesia monástica. Misión pura de evangelio sin aliciente humano, ni siquiera el patriótico, pero al genio misionero español le sobran alientos, después de la pérdida de todo el imperio colonial, para ir a predicar la fe en tierras remotas y bajo banderas extranjeras. Sería interesante la estadística completa de los misioneros españoles que ejercitan su ministerio espiritual en países extraños, unas veces formando misiones totalmente españolas, otras mezclados en misiones italianas, francesas o de otras naciones.

El fundador de la Misión de Nueva Nursia y su principal sostén fué el P. Rosendo Salvado, nacido en Túy (1814-1900), misionero maravilloso. el cual hallándose en Europa para asuntos de la misión escribió y publicó estas *Memorias* con fines de propaganda; del mismo modo y con idénticos fines vieron la luz pública en tiempos antiguos la *Conquista Espiritual del Paraguay* del P. Ruiz de Montoya, o *El Orinoco Ilustrado* del P. Gumilla. Las *Memorias* del P. Salvado comienzan por describir el territorio australiano, su geografía, animales, plantas, productos, y la formación de los grandes establecimientos coloniales, entonces por cierto todavía muy a los principios; una especie de *Historia Natural y Moral* de Australia (p. 1-203). Sigue en la segunda parte la narración del origen y progresos de la misión benedictina de Nueva Nursia, admirable epopeya de apostolado, que se lee con interés siempre creciente, y que solamente queda defraudado por quedar interrumpida después de pocos años

de narración (p. 203-337). Una tercera parte está destinada a estudiar las creencias, usos, costumbres e idioma de los indígenas de Australia occidental (p. 337-439).

Una misión moderna, por religiosos españoles sin tradición apenas en la empresa evangelizadora de España en América, y en ambiente hostil de protestantismo bajo pabellón inglés, cristianiza a los salvajes como en América: Nueva Nursia podría decirse que es una reproducción en pequeño de las reducciones del Paraguay: el P. Salvado siente las mismas inquietudes espirituales: es preciso aislar al salvaje del europeo, de quien no aprende sino vicios, y sufre su explotación; es necesario reducirlo a pueblo y asegurarle con la agricultura y la ganadería la manutención, para después edificar sobre ese fundamento el evangelio. Surge la ilusión de estar asistiendo a las graves deliberaciones del virrey Toledo en el Perú, cuando llevó a cabo la reducción general de indios a pueblos. Por cierto que la colonización española en América, con el cotejo de la inglesa en Australia, no queda mal parada, y aun la supera con mucho en sus valores morales. El indígena en Australia es exterminado a la llegada del blanco, del mismo modo que se eliminan las fieras de las quebradas o montes; nada de amor, de comprensión cristiana, de mestizaje; no se funden dos razas y dos culturas, como en las portadas de piedra de los templos del Perú abundan las reminiscencias incaicas, sino que extirpado lo aborigen, es totalmente suplantado por los edificios, los cultivos y las vías férreas europeas. Por eso Nueva Nursia es un oasis de vida cristiana y colonización española en Australia.

F. MATEOS, S. J.

*ESTUDIOS DEMOGRAFICOS.*—Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto "Balmes" de Sociología (Madrid, 1945) 300.

Nos congratulamos del auge que está imprimiendo al estudio de los problemas sobre la población el Instituto "Balmes" de Sociología y al alto ideal que le anima de concretar, a base de resultados científicos, los postulados y orientaciones de una acertada política demográfica, tan necesaria y delicada en nuestra patria. Principal animador de este movimiento y prologuista de la obra es el ilustre sociólogo D. Severino Aznar, tan benemérito del catolicismo y aun de la moral social, que siempre incansable en sus fecundas actividades sociales, acierta también a coordinar valiosos esfuerzos para el enriquecimiento de este punto tan vital de la Sociología española.

Este primer volumen contiene el primer ciclo de conferencias que se dieron en dicho Instituto por figuras tan prestigiosas en el estudio científico de los problemas de la población como Villar Salinas, Ros Jimeno, Ruiz Almansa, Barón Castro, Vallejo Nájera y Quintana.

El fenómeno del decrecimiento de la natalidad española y de sus causas, tal como se manifiesta en los centros rurales, en las capitales y en las zonas industrializadas, y su evolución a través del tiempo; el fenómeno de la mortalidad y su etiología, el conocimiento de los grupos humanos en que más se ceba la muerte por ignorancia o despreocupación del mundo que los rodea; las corrientes emigratorias de una región a otra, el hecho de la desarmonía y desequilibrio entre unas zonas sobrepobladas y otras infrapobladas; la posición que en estos vaivenes ocupa la clase media, tronco y raíz de la nacionalidad española: son problemas todos estos que interesan tanto al sociólogo como al moralista y fuente para ambos de profundas y serias reflexiones. Ni menor interés moral ofrecen los resultados de la ciencia acerca de la higiene racial, sobre

todo acerca de aquello que conduce a la expansión, crecimiento y vigorización de la raza, y de sus factores, la herencia, el medio ambiente y la educación; y muy en especial los tan aducidos problemas de la eugenesia, sus tesis y sus fundamentos biológicos. Pues bien, todos estos problemas se exponen en esta obra a base de una concienzuda investigación científica, y lo que es más meritorio, con un elevado espíritu humano, social y cristiano.

No podemos menos de felicitar al Instituto "Balmes" de Sociología que así procura a sociólogos, moralistas y políticos unos resultados y unas orientaciones tan sólidas en estos difíceles y delicados problemas demográficos, y con no menor interés acogeremos sus futuros trabajos que se nos anuncian.

MARTÍN BRUGAROLA, S. J.

ROIG GIRONELLA, JUAN, S. J., *Filosofía y Vida. Cuatro ensayos sobre actitudes. Nietzsche, Ortega y Gasset, Croce y Unamuno*.—Ed. Barna (Barcelona, 1946) 205.

Conocíamos ya estos sugerentes ensayos que nos ofrece ahora la Editorial Barna en un breve tomito de sobria elegancia. Cuatro actitudes filosóficas—posturas del espíritu—de otros tantos hombres modernos ante los eternos problemas del mundo y del supramundo. La exaltación dionisiaca del "pobre loco" Nietzsche, "padre espiritual" de nuestros hombres del 98; el perspectivismo de Ortega, el historicismo de Croce, la atormentada agonía del contradictorio Unamuno..., las serenas perspectivas—absolutas y eternas—de la fe. Son actitudes vivas, palpitantes, que el P. Roig con precisión de maestro y pureza de artista ha sabido encerrar en páginas de apasionada serenidad como el mármol del Discóbolo...

Felicítamos cordialmente al infatigable autor y recomendamos su obra como guía segura para la desorientada inquietud de algunos de nuestros jóvenes—a quienes preferentemente dedica sus desvelos el autor—, y lectura agradable y sólidamente formativa para cuantos se interesen por las modernas corrientes filosóficas, ante las que el P. Roig afirma—y una prueba es este libro, después de los inolvidables sobre Blondel—su vigilante y apostólica actitud.

A. ALFONSO, S. I.

LLOVERA, JOSÉ M.<sup>a</sup>, Pbro., *Verdaguer. Aspecto sacerdotal de su obra poética*. Conferencia leída en la Balmesiana el 1.º de junio de 1945.—Luis Gilí, editor (Barcelona, 1946) 61.

El obispo Carselade, en carta al editor de *Eucaristiques* de Verdaguer, Agustín Vassal, decía de estas poesías que "nos hacen ver al triunfador del dolor, Mossén Cinto, teniendo en una mano la áspera cruz, hecha arpa armoniosa, y con la otra el cáliz de oro, lleno de la sangre del Cordero divino, mientras con voz de cisne canta los últimos himnos de su amor místico, comenzados en la tierra y acabados en el cielo". Y el P. Monjas, hablando de las poesías religiosas de Verdaguer, "que perfumaron y perfumarán los hogares cristianos de Cataluña", decía que "fueron como una prolongación del apostolado del Beato Claret, en forma más artística, atrayente y perdurable". Muy bien, pues, ha hecho el Dr. Llovera al proponerse desarrollar como anunciado de su conferencia que la poesía llamada mística de Verdaguer no es contemplación ociosa, sino expansión de su fe y de su amor, considerando el sacerdocio del poeta en función de su lírica.

† M. Q.